

**LLAMADA UNIVERSAL A LA SANTIDAD  
Y NUEVA EVANGELIZACIÓN:  
PERSPECTIVAS MARIOLÓGICAS A PARTIR  
DE LAS ENSEÑANZAS DE JUAN XXIII,  
JUAN PABLO II Y ÁLVARO DEL PORTILLO**

**MONS. JAVIER ECHEVARRÍA**

**PALABRAS CLAVE:** Nueva Evangelización - María - Juan XXIII - Juan Pablo II - Álvaro del Portillo.

**RESUMEN:** la nueva evangelización no se limita a un primer anuncio de salvación; consiste en fomentar un encuentro con Cristo entre cristianos que se desenvuelven en una sociedad donde predomina el indiferentismo religioso y que, por tanto, se hallan sometidos ellos mismos a una suerte de ateísmo práctico. Para ello, analiza las enseñanzas de Juan XXIII, Juan Pablo II y Álvaro del Portillo, desde una perspectiva mariológica. Divide su artículo en tres partes: 1. Pastores entregados a la evangelización con un corazón mariano. 2. María y la llamada universal a la santidad. 3. María y la nueva evangelización. Conclusión: María y el espíritu de la nueva evangelización.

Los evangelizadores han de ser todos los bautizados. La vocación cristiana entraña, por su misma naturaleza, vocación al apostolado. De ahí la importancia de difundir el mensaje de la llamada universal a la santidad y al apostolado, proclamada solemnemente por el Concilio Vaticano II hace ahora cincuenta años.

**UNIVERSAL CALL TO HOLINESS AND NEW EVANGELISATION:  
MARIOLOGICAL OUTLOOK FROM THE TEACHINGS OF JOHN XXIII,  
JOHN PAUL II AND ÁLVARO DEL PORTILLO**

**KEY WORDS:** *New Evangelization - Blessed Mary - John XXIII - John Paul II - Álvaro del Portillo.*

**SUMMARY:** *The new evangelization is not limited to a first message of salvation, but it consists in fostering an encounter with Christ among Christians who live in a society where religious indifference predominates, and who therefore are themselves subject to a kind of practical atheism. The paper analyzes the teachings of John XXIII, John Paul II and Álvaro del Portillo, from a mariological perspective. The article is divided into three parts: 1. Pastors devoted to evangelization with Mary at their heart. 2. Our Lady and the universal call to holiness. 3. Mary and the New Evangelization. Conclusion: Blessed Virgin and the spirit of the New Evangelization.*

*The evangelizers must be all the baptized. The Christian vocation entails, by its very nature, a vocation to the apostolate. Hence the importance of spreading the message of the universal call to holiness and apostolate, solemnly proclaimed by the Second Vatican Council, since fifty years ago.*

Los aniversarios del Concilio Vaticano II ofrecen a la Iglesia la ocasión de mirar al pasado con agradecimiento y de leer —en el registro de la historia— el modo delicado y firme con que Dios guía a su Pueblo, cumpliendo así las promesas de salvación. Al hacer memoria de este evento de gracia, la Iglesia vuelve la cara al futuro con esperanza, pues éste se presenta abierto a grandes tareas y nuevos retos. Por eso no es de extrañar que, desde el inicio mismo de su pontificado, el 13 de marzo de 2013, el Papa Francisco nos impulse a un nuevo dinamismo misionero, un dinamismo que inaugura una etapa más en la marcha que la Iglesia y el mundo han de sostener hasta el final de los tiempos.

A este propósito, quisiera recordar algo que he apuntado en otra ocasión. Me parece que en nuestros días son numerosos los signos precursores de una nueva primavera del Espíritu, vista ya por Juan Pablo II hace años<sup>1</sup>. No me detengo ahora a enumerar esos signos, pero sí quiero llamar la atención al menos sobre uno. Me refiero al florecimiento, con vigor renovado, de la santidad cristiana. Para quienes la han experimentado personalmente, la historia del siglo XX no ha sido siempre un tiempo de bonanza. Tampoco las circunstancias actuales lo son, al menos si tenemos en cuenta la crisis por la que atraviesan varios sectores de la política, de la economía, de las relaciones internacionales, y en general de la cultura. Y sin embargo, cada vez que oigo hablar de crisis, vienen a mi memoria unas palabras —a mi modo de ver, clarividentes— de una de las grandes figuras eclesiales del siglo XX, san Josemaría Escrivá de Balaguer, que aseguraba, ante una situación mundial assolada por guerras, y movido por una recia fe sobrenatural: “Estas crisis mundiales son crisis de santos”<sup>2</sup>.

En realidad, allí donde florece la santidad las crisis no tienen la última palabra, pues existe un fundamento sólido sobre el que construir el futuro. En el cristianismo encontramos la respuesta a los problemas más profundos del hombre, que tienen con frecuencia su origen en un apartamiento de Dios, y muchas veces se agudizan por el mismo motivo. De ahí que la búsqueda de la santidad constituya el remedio para muchos males presentes y la mejor garantía para un porvenir favorable a todos.

1. “En la proximidad del tercer milenio de la Redención, Dios está preparando una gran primavera cristiana, de la que ya se vislumbra su comienzo” (JUAN PABLO II, enc. *Redemptoris missio*, 7-XII-1990, n. 86).

2. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 301.

Esta consideración se relaciona estrechamente con unas palabras de la Sagrada Escritura, que el mismo san Josemaría invitaba a meditar frecuentemente: *fili sanctorum sumus!* (Tob 2,18)<sup>3</sup>, “somos hijos de santos”. Al hilo de esta convicción, nuestra esperanza de llevar a cabo la siembra apostólica a que nos impulsa el Papa Francisco no se presenta como una quimera. En primer lugar, está firmemente asentada en la grandeza de nuestra condición: ¡somos hijos de Dios! Somos hijos del Dios tres veces Santo, hechos verdaderamente partícipes de la naturaleza divina. Además, antes que nosotros, innumerables generaciones de cristianos se han mantenido fieles al Evangelio, han transmitido la fe a las generaciones sucesivas y, no raras veces, han ofrecido con alegría —también en nuestro tiempo— el testimonio supremo del martirio.

Para afrontar, por tanto, con verdadero espíritu teologal la misión que nos corresponde como bautizados, conviene no olvidar estas dos verdades. La primera, que podemos ser santos, pese a nuestras miserias personales. Y lo seremos en la medida en que hemos sido divinizados por la gracia<sup>4</sup> —es decir, siempre que vivamos en estado de amistad con Dios—. La segunda, que somos hijos de santos, herederos de un legado de santidad plurisecular. Pues bien, junto a estos dos principios, como tercer elemento podemos considerar la santidad de vida de los pastores de la Iglesia, tan relacionada con la santidad del Pueblo de Dios. Sobre este punto me detendré brevemente en el siguiente epígrafe, con una especial referencia a su dimensión mariana. Dimensión que ayuda a comprender más el alcance de la doctrina de la llamada universal a la santidad y el reto de la nueva evangelización, que serán los otros temas que serán tratados.

## 1. Pastores entregados a la evangelización con un corazón mariano

En el peregrinar de los cincuenta años transcurridos desde el Vaticano II, la Iglesia ha conocido seis pontificados y, aunque cada uno representa

3. Cfr. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Instrucción*, 9-I-1935, n. 19.

4. “Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos” (cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 21-XI-1964, n. 40).

un periodo con características propias, en todos podemos encontrar un denominador común: el timón de la nave –la Iglesia– ha sido manejado con seguridad por hombres que han dado un testimonio de vida cristiana ejemplar. Pienso que no es ajeno al plan providente de Dios el que, durante estas décadas, la Iglesia haya sido conducida por la santidad, es decir, por personas –Pastores– que han caminado con afán de santidad. En efecto, sin entrar a considerar –como exige un mínimo sentido de discreción– el buen ejemplo ofrecido por el Papa actual y su inmediato predecesor, considero como un signo patente de la bondad y la misericordia de Dios el hecho de que dos de los cuatro Romanos Pontífices últimamente fallecidos (los Beatos Juan XXIII y Juan Pablo II) serán canonizados este año; además, el proceso para la beatificación de Pablo VI se encuentra muy avanzado, y se ha comenzado el de Juan Pablo I.

“Grandes son las obras de Dios” (*Sal* 111 [110], 2). Grandes son las obras del Señor especialmente en sus santos. Y la santidad de la Iglesia resplandece de modo muy particular en los pastores que la gobiernan, siendo este testimonio “una gracia del Espíritu que nunca ha faltado y jamás faltará a la Iglesia”<sup>5</sup>. Como afirma san Josemaría, “la santidad de la Esposa de Cristo se ha demostrado siempre –como se demuestra también hoy– por la abundancia de buenos pastores”<sup>6</sup>. La canonización de Juan XXIII y de Juan Pablo II supondrá no solo un gran acontecimiento eclesial, sino también un gran signo de esperanza para el mundo. Agradecemos de corazón las bondades de Dios con su Pueblo, pues la heroicidad de vida de sus pastores es una muestra evidente de su cercanía, de su amor paternal siempre vigilante.

Junto a este gran acontecimiento, no puedo olvidar que el año en que nos encontramos se cumplirá el centenario del nacimiento del Venerable Álvaro del Portillo, predecesor mío como Prelado y primer sucesor de san Josemaría al frente del Opus Dei; a la vez, tendrá lugar en el mes de septiembre su beatificación. Quisiera aprovechar la coincidencia feliz de estos aniversarios para establecer un puente o, mejor dicho, poner de manifiesto la relación entre estas tres grandes figuras de la Iglesia que, por querer de Dios, son también tres grandes figuras de la respuesta generosa al Señor, a la que Él nos invita.

5. JUAN PABLO II, Exh. Ap. Postsinodal *Pastores gregis*, 16-X-2003, n. 25.

6. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 34.

La relación entre el Beato Juan Pablo II y el Venerable Álvaro del Portillo resulta evidente si tenemos en cuenta los lazos de amistad que llegaron a estrechar en el arco de treinta años. En efecto, aunque se conocieron durante las sesiones del Concilio Vaticano II, fue a partir de la elección del cardenal Wojtyła como Sucesor de Pedro, cuando se incrementó el trato entre ambos, con un profundo afecto paterno y filial, respectivamente<sup>7</sup>. No me detengo a enumerar los muchos recuerdos que conservo, pero no puedo menos de aludir a la gran sintonía que medió en su trato: una sintonía basada en la



San Josemaría Escrivá, san Juan XXIII y el próximo beato Álvaro del Portillo.

7. Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Giovanni Paolo II & L'Opus Dei* (entrevista con Michele Dolz), *Studi Cattolici* 602 (2011), pp. 251-258 [traducción al castellano publicada en “Romana”, n. 52 (2011), pp. 84-96]; J. ALONSO, *Juan Pablo II*, en *Diccionario de san Josemaría Escrivá de Balaguer*, coordinado por José Luis Illanes, Monte Carmelo, Burgos 2013, 700-703.

afinidad de rasgos que caracterizaban la personalidad espiritual de uno y otro. En concreto, por lo que hace referencia a sus respectivas visiones eclesiológicas, ambos advertían lúcidamente la importancia que corresponde a los laicos en la misión de la Iglesia. El reconocimiento de la grandeza contenida en la vocación laical tiene mucho que ver con el impulso que el Papa polaco dio a la nueva evangelización, a la que posteriormente me referiré. Por otro lado, y respecto a la espiritualidad personal, tanto Juan Pablo II como Álvaro del Portillo eran dos grandes enamorados de la Virgen, hasta tal punto que, en mi opinión, se les podría definir perfectamente con el solo adjetivo: marianos.

Menos directa es en cambio la relación entre Álvaro del Portillo y Juan XXIII<sup>8</sup>. Aunque se conocían personalmente —el Romano Pontífice recibió en audiencia privada a Álvaro del Portillo pocos meses después de su elección<sup>9</sup>— no se dio entre ellos una relación particular, al margen de la sólida devoción filial que por el Obispo de Roma Álvaro del Portillo abrigaba, como buen hijo de san Josemaría. Sin embargo, puede decirse con toda justicia que de algún modo sus destinos se encontraron con más afinidad, pues la convocatoria del Concilio ecuménico supuso un gran cambio en la vida diaria de mons. del Portillo, que se vio invitado, desde el principio, a participar en la preparación y desarrollo de los trabajos conciliares. La llamada a presidir la séptima comisión preparatoria —sobre el laicado católico— y a ser miembro de la tercera comisión —sobre los medios modernos de apostolado— quedó corroborada más adelante, al ser nombrado perito conciliar y adscrito a tres comisiones, para una de las cuales —*De disciplina cleri et populi christiani*— fue designado Secretario<sup>10</sup>.

8. La devoción mariana es también una nota distintiva en la espiritualidad personal de Juan XXIII, de manera que sería sencillo establecer afinidades entre él y mons. del Portillo. Para una información pormenorizada sobre el lugar que ocupaba el amor a María en la vida de Roncalli, cfr. DOMENICO BERTETTO, *Maria, Madre di Gesù e Nostra, nel Magistero di Papa Giovanni XXIII*, "Seminarium" 25 (1963) 520-530.

9. La audiencia, que tuvo lugar el 28 de abril de 1959, tenía el sencillo fin de ofrecer al Santo Padre el "homenaje del Opus Dei". Cfr. J. MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Rialp, Madrid 2012, 379.

10. He omitido, por brevedad, otros nombramientos durante la fase de preparación del Concilio, para subrayar sobre todo el trabajo del Venerable Álvaro del Portillo en la Comisión conciliar para el clero, que elaboró el texto de lo que acabaría siendo el decreto *Presbyterorum ordinis*. Información detallada al respecto puede encontrarse en la biografía arriba citada, pp. 381-412.

Pero no es mi propósito detenerme en particularidades biográficas, sino elevar la mirada hacia un aspecto de la existencia cristiana que estos tres santos supieron colocar, con matices diversos, en el centro de sus vidas: me refiero a la piedad mariana, al amor hacia María Santísima. No oculto que un motivo añadido, que me mueve a reflexionar sobre el tema que acabo de proponer, tiene que ver con la naturaleza misma de la publicación que acoge este texto, el anuario *Scripta de Maria*, la revista del Instituto Mariológico de Torreciudad. Aprovecho la oportunidad para agradecer a esta institución la labor que desarrolla, siempre con altura científica, en favor de la investigación mariológica, elemento inseparable de la auténtica piedad mariana. El Santuario de Torreciudad conmemorará próximamente las bodas de plata de las Jornadas Marianas de la Familia, actividad en la que he tenido la alegría de participar no pocas veces.

En concreto, trataré de poner de manifiesto los aspectos marianos que subyacen a lo que considero la herencia espiritual de estos dos Papas santos: la difusión de la llamada universal a la santidad, proclamada abiertamente por el Concilio Vaticano II, y hecha posible por la audacia innovadora de Juan XXIII, y el impulso misionero representado por la nueva evangelización, alentada por Juan Pablo II y promovida sin cansancio durante todo su pontificado. Los acentos marianos que iluminan la llamada universal a la santidad y la nueva evangelización pueden ser muy bien ilustrados con las enseñanzas del Venerable Álvaro del Portillo, que asumió personalmente —como algo propio— ambas tareas, considerándolas parte importante de su misión de pastor en la Iglesia.

## 2. María y la llamada universal a la santidad

Juan XXIII ha pasado a la historia como el Papa del Concilio Vaticano II. Y ciertamente buena parte de su legado —un legado que pervive hasta nuestros días— está constituido por el nuevo impulso evangelizador que ha alimentado la vida de la Iglesia, como fruto maduro de la asamblea conciliar. Resulta indudable que, al convocar un Concilio ecuménico, Juan XXIII promovió, con su docilidad a la acción del Espíritu Santo, un movimiento de renovación eclesial que haría posible lo que ha venido a considerarse una de las principales aportaciones del siglo XX a la vida de

la Iglesia: la difusión de la llamada universal a la santidad. Como es sabido, uno de los principales documentos del Concilio, la constitución dogmática *Lumen gentium*, dedica un capítulo completo –el quinto– a este mensaje. La doctrina que contiene no es, ni mucho menos, inusitada desde el punto de vista teológico. Sin embargo, el modo de presentar esa doctrina, colocando la vocación a la santidad en la raíz misma de la condición cristiana, y por tanto, afirmándola en su plena y radical universalidad, se percibía como algo cargado de novedad, pues aunque nunca se dudó de la verdad de esta vocación, en términos prácticos se había puesto en entredicho su factibilidad, y esto durante muchos siglos<sup>11</sup>. Aun en nuestros días, y pese a los cincuenta años transcurridos desde la solemne proclamación conciliar, no podemos dar por acabada la difusión de esta verdad, que sigue encontrando dificultades para abrirse paso y no ha llegado a calar a fondo en tantas conciencias<sup>12</sup>. Además, en cuanto se trata de un elemento que pertenece al corazón mismo de la misión de la Iglesia, con la cual prácticamente se identifica, este anuncio constituirá siempre –y en todo lugar– una tarea pendiente.

Al hacer esta consideración, viene a mi memoria una carta pastoral que escribió don Álvaro a los fieles del Opus Dei, recordando precisamente la actualidad de esta doctrina:

“Quiero que no os suene a cosa sabida porque [...] es necesario que tengamos conciencia de que es una llamada actualísima, predicada por Jesucristo, el Maestro, y representaría una grave omisión que por nuestra actividad negligente cayera para muchos de nuevo en el olvido. Dios te ha buscado, hija mía, hijo mío, para que descubras esta revelación a las personas que tratas, a las que conviven contigo, a las

11. Como explica F. Ocariz, esta doctrina “se puede encontrar más o menos explícitamente en la predicación y en las obras escritas de muchos santos y maestros de espiritualidad de cualquier tiempo; pero se trataba de una afirmación débil, por cuanto la santidad era considerada más bien como una posibilidad extremadamente remota para todos los cristianos, entre los que sólo algunos podían *de hecho* emprender el camino hacia ella”. Todavía menos se entendía lo que Ocariz llama “dimensión objetiva” de la llamada universal a la santidad, y que es precisamente una aportación específica de san Josemaría, es decir, afirmar que “todas las situaciones y las circunstancias de la vida ordinaria pueden y deben ser medio de comunión con Dios” (F. OCÁRIZ, *Vocación a la santidad en Cristo y en la Iglesia, in Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, 228-229).

12. Cfr. *ibidem*, 229: “Persiste, sin embargo, una mentalidad que se empeña en seguir viendo la santidad como algo asequible sólo a unos pocos”.

que participan de tus trabajos, de tus ilusiones. Cristo vino a la tierra para salvarnos, y para decirnos que todos podemos –¡debemos!– ser santos. Cristo te ha traído a la tierra para que continúes repitiendo, a voces o con silencios ejemplares, este panorama increíble y posible de que todos los hombres y todas las mujeres estamos llamados a la santidad. Cuando comenzó esta predicación nuestro Padre [san Josemaría Escrivá de Balaguer], en la práctica pastoral se procedía de ordinario como si este ideal de santidad ¡asequible! se hallase reservado a unos pocos, llevados por Dios al estado sacerdotal o al estado religioso. La gran masa de los cristianos, que no sentían esa peculiar vocación, veían recortadas sus aspiraciones y limitados sus horizontes espirituales”<sup>13</sup>.

El redescubrimiento –llamémoslo así– de la llamada universal a la santidad tiene en la Virgen María un punto de referencia insoslayable. No en vano el Concilio, retomando el pensamiento de Pablo VI<sup>14</sup>, afirmó claramente que María “después de Cristo, ocupa en la santa Iglesia el lugar más alto y a la vez el más próximo a nosotros”<sup>15</sup>. Aquí radica precisamente, en mi opinión, la función singular y única que corresponde a la Madre de Dios como portadora de un mensaje de santidad para todos los cristianos. Ella, verdadera discípula del Señor, ha sido elevada por encima de todos los cristianos de todos los tiempos, a ocupar un puesto excelso en la Iglesia, de la cual, a su vez, es Madre, es decir, es sujeto de la relación más próxima y personal que pueda imaginarse, y esto en un sentido no general o abstracto, sino particular y concreto, ya que es Madre de todo cristiano. Por decirlo con sinceras palabras, María es la más santa –“enriquecida desde el primer instante de su concepción con el resplandor de una santidad enteramente singular”<sup>16</sup>– y a la vez la más accesible y cercana, siendo por esto la mayormente implicada en la santidad de sus hijos, de todos y cada uno de sus hijos.

13. Á. DEL PORTILLO, Carta pastoral con ocasión del 60º aniversario de la fundación del Opus Dei, 8-IX-1988: AGP, biblioteca, P17, vol. 2, n. 430.

14. PABLO VI, *Discurso en la solemne clausura de la II sesión del Concilio Vaticano II*, 4-XII-1963, n. 21: AAS 56 (1964) 37.

15. CONCILIO VATICANO II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 21-XI-1964, n. 54.

16. *Ibidem*, n. 56.

¿Qué significado teológico tiene esta relación de María con la vocación universal a la santidad?

En primer lugar, podemos considerar la Maternidad universal de María como el principio dogmático que explica esta relación. Sin detenerme en la doctrina que da consistencia a este principio, deseo recordar que la Maternidad universal de María es un motivo tan recurrente en el magisterio mariano del Papa Juan XXIII que ha sido visto como el elemento central de toda su doctrina mariológica<sup>17</sup>. Sus enseñanzas constituyen un apoyo firme, pues preceden de manera inmediata los trabajos conciliares.

En efecto, el significado de esta Maternidad espiritual apunta, en primer lugar, al hecho de que María es “Madre de vida y Fuente de gracia”. Según Juan XXIII, María es

“la Madre común, puesto que es Madre de Cristo, cabeza de todos los hombres, hermanos todos en el mismo Cristo primogénito; la que con su solicitud y compasión maternal ha contribuido a que se nos devuelva la vida divina y sobrenatural, la que en la persona del discípulo amado nos fue donada como Madre espiritual por Cristo mismo en la cruz”<sup>18</sup>.

Es decir, para Juan XXIII la Virgen es Madre nuestra porque es Madre de Jesús, el Verbo Encarnado, porque Jesús mismo nos la dio por Madre en el testamento último del Calvario, y en definitiva, porque ha sido asociada singularmente al misterio salvífico de Cristo.

La mediación espiritual de María, y en concreto su maternidad espiritual, se relaciona con un principio soteriológico comúnmente admitido: la cooperación de la Virgen en la obra de la redención. El mismo Concilio Vaticano II lo recuerda:

“Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra madre en el orden de la gracia”<sup>19</sup>.

17. Cfr. BERTETTO, *Maria, Madre di Gesù*, 537.

18. JUAN XXIII, Radiomensaje al II Congreso Mariano Interamericano, 12-X-1961, en *Discorsi, Messaggi, Colloqui del Santo Padre Giovanni XXIII*, III, 461.

19. CONCILIO VATICANO II, const. dogm. *Lumen gentium*, 21-XI-1964, n. 61.

En este sentido se puede afirmar que el valor universal y único de la mediación salvífica de Cristo se extiende, participadamente, a la mediación de santa María. Un punto que deseo destacar: la función soteriológica de María es universal; y es por tanto universal su papel en el orden de la gracia.

El misterio de María aparece así, bajo una luz espléndida, como fuente de santidad para *todo* cristiano<sup>20</sup>. La Santísima Virgen María, por su especialísima relación con cada una de las Tres Personas divinas, experimenta y da a conocer el camino de la vida sobrenatural: nos enseña a ser buenos hijos de Dios Padre en Cristo por el Espíritu Santo, y nos obtiene la gracia que nos transforma a cada uno en *alter Christus*, en *ipse Christus* —como acostumbraba a recalcar san Josemaría—, si seguimos su ejemplo de docilidad a las mociones del Paráclito. María es, desde esta perspectiva, Madre de santidad, pues mediante Ella son engendrados los santos en la Iglesia. María, que engendró al Verbo de Dios según la carne, engendra hoy, y hasta el fin de los tiempos, a innumerables hijos. Pero no solo los engendra, sino que también los cuida, los alimenta, y los hacer crecer espiritualmente. Como una madre cría a sus hijos, del mismo modo la Virgen sostiene el crecimiento espiritual del cristiano, acompañándolo en todo el proceso de realización y maduración en que consiste la santidad, hasta el cumplimiento perfecto en el gozo celestial, donde seremos configurados definitivamente a imagen de su Hijo, siendo plenamente *ipse Christus*.

Esta Maternidad espiritual de María en el orden de la santidad se hace de hecho efectiva en todo lugar y tiempo. De ahí mi anterior invitación a mirar los años venideros con optimismo: el futuro de la humanidad entera, y nuestro concreto futuro personal. Mi venerable predecesor, mons. Álvaro del Portillo, manifestaba en este sentido una plena confianza en la

20. Retomo aquí simplemente el magisterio de Juan XXIII, sin entrar en la sustancia del debate teológico sobre el alcance de la mediación de María en el orden de la gracia. Es bien sabido que algunos autores limitan la mediación mariana a la intercesión; otros, en cambio, piensan que la mediación materna de la Virgen Santísima se extiende a la donación misma de la vida sobrenatural. Para una información pormenorizada, y una propuesta útil, basada en el concepto de participación, que no disminuye ni multiplica la única mediación de Cristo, cfr. F. OCÁRIZ, *María y la Trinidad*, en *Naturaleza, gracia y gloria*, Eunsa, Pamplona 2000, 147-155. Juan Pablo II usa el concepto de mediación participada en su explicación del modo en que María coopera a la obra de la salvación (cfr. enc. *Redemptoris Mater*, n. 38).

Omnipotencia de Dios, el poder capaz de lograr que prenda en las almas la llamada universal a la santidad:

“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto’ (Mt 5, 48). Puede resultar admirable que esta invitación, después de tantos años, continúe sonando aún a cosa nueva; pero el estupor desaparece si pensamos que Dios trabaja continuamente en la santificación de las almas; que para Él los siglos son como un día, y que a cada hombre le ofrece los medios adecuados, conocidos y desconocidos, durante toda la vida. Más bien, es preciso decir, y a veces ‘gritar sobre los tejados’ (cfr. Mt 10, 27), que el poder de Dios no se ha empequeñecido —“*Non est abbreviata manus Domini*” (Is 59, 1)—, e incluso que esa potencia es más actual que nunca. Son muchos, en efecto, los que reciben y ponen en práctica esta llamada divina; personas a quienes la gracia del Señor otorga el poder de comportarse como hijos de Dios, de vivir y morir en su amor”<sup>21</sup>.

Pero la llamada universal a la santidad permanecería abstracta sin un ejemplo que imitar. Es éste el segundo significado teológico que deseo subrayar, porque el lugar excelso que le corresponde como Madre de Dios y colaboradora en la obra de la salvación no implica para María sino una mayor proximidad a los hombres<sup>22</sup>. *El sensus fidei* se erige aquí en criterio válido de autoridad. La Virgen santa María se nos muestra como la santa más invocada por el pueblo fiel, y la que se siente como más cercana. Ella es Madre: nuestra Madre. El significado de la relación que se establece entre la llamada universal a la santidad y la mediación de María supone, por tanto, dos acentuaciones diversas. La primera, ya mencionada, relativa a la universalidad de esta mediación, que al constituirse en el orden de la gracia cabe señalarla como fuente de santidad para todos los cristianos. En este caso el énfasis recae sobre la nota de universalidad. La segunda acentuación, por su parte, se refiere a la maternidad, que entraña la relación específica en que se configura tal mediación.

21. Á. DEL PORTILLO, Homilía en el 60º aniversario de la fundación del Opus Dei, Roma, basílica de San Eugenio, 2-X-1988, en “Romana”, n. 7 (1988), p. 280.

22. Cfr. JUAN PABLO II, Audiencia general, 10-I-1996, n. 5: “La relación privilegiada de María con la Trinidad le confiere, por tanto, una dignidad que supera en gran medida a la de todas las demás criaturas. El Concilio lo recuerda expresamente: debido a esta “gracia tan extraordinaria”, María “aventaja con mucho a todas las criaturas del cielo y de la tierra” (*Lumen gentium*, 53). Sin embargo esta dignidad tan elevada no impide que María sea solidaria con cada uno de nosotros”.

Santa María ocupa en la Iglesia el lugar más cercano a todo cristiano por su condición de Madre. Desde esta relación se entiende muy bien el carácter ejemplar de su santidad<sup>23</sup>. Ella asume este papel de modelo para el cristiano no sólo por su eximia santidad, sino también porque nos ha sido entregada por Madre<sup>24</sup>. De su intercesión nos enriquecemos espiritualmente y, por tanto, a María hemos de volver. Ciertamente la transformación con la que se llega a la santidad es una identificación con Cristo, no con santa María. Pero en la medida en que la economía de salvación mantiene unida la figura de la Madre al misterio del Verbo Encarnado, la Virgen está presente en este misterio de divinización de la criatura. Además, en el orden de la ejemplaridad moral, su lugar se nos revela de algún modo privilegiado, pues su condición de Madre del Verbo nos alcanza plenamente y humanamente. Dicho en otros términos, la condición de santa María de mujer normal, criatura como nosotros, nos la sitúa extraordinariamente cercana a cada uno como modelo de santidad<sup>25</sup>.

La proximidad de este paradigma de santidad, de esta mujer corriente —que es a la vez Madre de Dios— formaba parte de la visión que san Josemaría tenía de la llamada universal a la santidad. Se comprende así la referencia constante a la Virgen en su predicación, que hallaba su razón de ser en la difusión de este mensaje. La Virgen es, para san Josemaría, un modelo muy humano, y por esto —añadiría— muy común, para alcanzar la santidad cristiana: “Para ser divinos, para endiosarnos, hemos de empezar siendo muy humanos,

23. “La prerrogativa de ser Madre de la Iglesia comporta, además de la maternidad divina y de la colaboración de María en la obra de la salvación, la ejemplaridad de su vida para todos los cristianos” (J. L. BASTERO DE ELEIZALDE, *Madre de la Iglesia, artífice de comunión*, en A. ARANDA (ed.), *María, camino de retorno. Nueva evangelización y piedad mariana*, Eunsa, Pamplona 2012, 156).

24. “La característica de este amor materno que la Madre de Dios infunde en el misterio de la Redención y en la vida de la Iglesia, encuentra su expresión en su singular proximidad al hombre y a todas sus vicisitudes. En esto consiste el misterio de la Madre” (JUAN PABLO II, enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 22).

25. La ejemplaridad de la Virgen reviste aquí cierto carácter paradójico, en la línea de lo que podríamos llamar la “lógica divina”. Me refiero a la forma humilde de una vida que es completamente de Dios. Es decir, como bien ha explicado Carla Rossi, la vida ordinaria de María es justamente, en su sencillez, el lugar privilegiado de encuentro con Dios y de testimonio cristiano. Cfr. C. ROSSI, *María, punto de referencia de la santidad cristiana*, en A. ARANDA (ed.), *María, camino de retorno. Nueva evangelización y piedad mariana*, Eunsa, Pamplona 2012, 191-204.

viviendo cara a Dios nuestra condición de hombres corrientes, santificando esa aparente pequeñez. Así vivió María. La llena de gracia, la que es objeto de las complacencias de Dios, la que está por encima de los ángeles y de los santos llevó una existencia normal. María es una criatura como nosotros, con un corazón como el nuestro, capaz de gozos y de alegrías, de sufrimientos y de lágrimas<sup>26</sup>. En definitiva, en María se manifiesta especialmente de relieve el aspecto humano de la vocación sobrenatural del hombre, de su llamada a la santidad en las circunstancias de una vida ordinaria.

La conciencia de esta cercanía de la Virgen, que representa un polo de atracción permanente en el propio caminar espiritual, encuadra lo que Juan Pablo II llamaba la "dimensión mariana" de los discípulos de Cristo<sup>27</sup>. El discípulo de Cristo ha de permanecer siempre junto a María, como estuvo Juan al pie de la Cruz (cfr. *Jn* 19,26), atraído no solo por el amor de Cristo, sino también por la fidelidad de su Madre. "Ha de estar", por tanto, activa y personalmente, ya que en el Calvario no cabe una actitud pasiva. Ninguno es salvado al margen de su libertad. Y, a la vez, necesitamos buscar en María la puerta de la salvación. Esta relación con la Virgen Santísima ha de impregnar la conciencia y las obras del cristiano, y especialmente su vida de oración. Razón por la que mons. del Portillo se refería a la filiación mariana del cristiano considerándola no solo un "don", sino también una "tarea":

"La identificación con Cristo tiene esta dimensión fundamental. Ser *alter Christus, ipse Christus* lleva consigo necesariamente ser hijos de santa María. Y, del mismo modo que esa identificación con el Señor es, a la vez, don y tarea, también la filiación a la Santísima Virgen es un don: 'un don que Cristo mismo hace personalmente a cada hombre' (JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 45); y es también una tarea, que el evangelista condensa en pocas palabras: 'y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa' (*Jn* 19,27)"<sup>28</sup>.

La santidad, la llamada dirigida a todos, asume así su extraordinaria apariencia amable y, en definitiva, su verdadera dimensión universal. La santidad, ya lo he

26. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 172.

27. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 45.

28. Á. DEL PORTILLO, *Sacerdotes para una nueva evangelización*, "Scripta Theologica" 22 (1990), 342.

señalado, no se traduce en otra cosa que en la plenitud de la filiación divina. Ser santos exige comportarse como hijos de Dios, y también adquirimos esta condición por medio de santa María. El misterio de la mediación de la Madre desvela así la grandeza —y al mismo tiempo la sencillez— de nuestra divinización, y representa para la vida ordinaria toda una fuente de luz en el camino hacia la identificación con Dios, que tiene una aplicación muy concreta en términos de la cotidianidad, expresada magníficamente en estas palabras de san Josemaría:

"Porque María es Madre, su devoción nos enseña a ser hijos: a querer de verdad, sin medida; a ser sencillos, sin esas complicaciones que nacen del egoísmo de pensar sólo en nosotros; a estar alegres, sabiendo que nada puede destruir nuestra esperanza. El principio del camino que lleva a la locura del amor de Dios es un confiado amor a María Santísima. Así lo escribí hace ya muchos años, en el prólogo a unos comentarios al santo rosario, y desde entonces he vuelto a comprobar muchas veces la verdad de esas palabras. No voy a hacer aquí muchos razonamientos, con el fin de glosar esa idea: os invito más bien a que hagáis la experiencia, a que lo descubráis por vosotros mismos, tratando amorosamente a María, abriéndole vuestro corazón, confiándole vuestras alegrías y vuestra penas, pidiéndole que os ayude a conocer y a seguir a Jesús"<sup>29</sup>.

### 3. María y la nueva evangelización

La llamada universal a la santidad se coloca en el corazón mismo de la nueva evangelización. Con la fuerza con que predicaba esta verdad san Josemaría, desde que era sacerdote joven, la señalaba también el Venerable Álvaro del Portillo, contemplando el futuro de la Iglesia con esperanza:

"El amplio progreso doctrinal, por el que la vocación bautismal ha sido comprendida y presentada con el relieve eclesiológico que le corresponde, es sin duda uno de los pilares en los que la Iglesia se apoya para afrontar su futuro evangelizador"<sup>30</sup>.

29. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 143.

30. Á. DEL PORTILLO, *Sacerdotes para una nueva evangelización*, "Scripta Theologica" 22 (1990), 327-328.

Como se sabe, fue Juan Pablo II quien utilizó por primera vez la expresión “nueva evangelización” en los comienzos de su pontificado<sup>31</sup>. Años más tarde, nos proponía a los católicos –y también a la humanidad– la búsqueda de la perfección cristiana como ideal programático para la Iglesia del tercer milenio. Lo hacía en una encrucijada histórica que acentuaba los tonos proféticos de la propuesta, y con una referencia explícita a la solemne proclamación del capítulo quinto de *Lumen gentium*<sup>32</sup>:

“He repetido muchas veces en estos años la “llamada” a la nueva evangelización. La reitero ahora, sobre todo para indicar que hace falta reavivar en nosotros el impulso de los orígenes, dejándonos impregnar por el ardor de la predicación apostólica después de Pentecostés. Hemos de revivir en nosotros el sentimiento apremiante de Pablo, que exclamaba: “¡ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1Co 9,16)”<sup>33</sup>.

Juan Pablo II se situaba así en perfecta sintonía con la perenne historia de la Iglesia, impulsada por el Espíritu Santo y convocada para desempeñar su misión evangelizadora, mediante un anuncio renovado del significado pleno y radical que se contiene en la vocación cristiana por el hecho mismo del bautismo. Interpretando estos signos de los tiempos, cabe afirmar que el redescubrimiento de la llamada universal a la santidad y de la esencia apostólica de la condición cristiana constituye un fundamento de la nueva evangelización. La conciencia vocacional, asumiendo en plenitud –si se quiere, con radicalidad– las consecuencias de la fe cristiana, ha de representar realmente una motivación personal para todos aquellos dispuestos a llevar a cabo la tarea evangelizadora<sup>34</sup>. Como indicaba Álvaro del Portillo:

“Esta misión evangelizadora universal exige una Iglesia renovada, revitalizada con el perenne mensaje de Cristo, tan rebosante de

31. El 9 de junio de 1979, hablando en Nowa Huta, barrio industrial de Cracovia. Cfr. *La nueva evangelización según el Papa Wojtyła*, “L'Osservatore Romano”, edición española, 5-VII-2011.

32. “Conviene además descubrir –escribía– en todo su valor programático el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen gentium* sobre la Iglesia, dedicado a la vocación universal a la santidad” (JUAN PABLO II, Carta ap. *Novo Millennio Ineunte*, 6-I-2001, n. 30).

33. *Ibidem*, n. 40.

34. Cfr. A. ARANDA, *Una nueva evangelización. ¿Cómo acometerla?*, Palabra, Madrid 2012, 31. Este libro constituye una reflexión teológica profunda sobre los diversos elementos implicados en la nueva evangelización.

imperecedera actualidad; en otras palabras, requiere un nuevo despertar de las conciencias cristianas que atraiga al mundo hacia la luz de Cristo”<sup>35</sup>.

Detengámonos gozosos en el papel que corresponde a la Virgen Santísima en esta nueva evangelización. En realidad, para tratar este aspecto no necesitamos apartarnos de lo que hemos considerado hasta el momento, pues la misma maternidad de María determina el modo específico en que Ella colabora en la difusión del evangelio. De un modo general, y en términos personales, lo explicaba Juan Pablo II con las siguientes palabras:

“María ejerce su maternidad con respecto a la comunidad de creyentes no sólo orando para obtener a la Iglesia los dones del Espíritu Santo, necesarios para su formación y su futuro, sino también educando a los discípulos del Señor en la comunión constante con Dios. Así, se convierte en educadora del pueblo cristiano en la oración y en el encuentro con Dios, elemento central e indispensable para que la obra de los pastores y los fieles tenga siempre en el Señor su comienzo y su motivación profunda”<sup>36</sup>.

La Virgen Santísima, presente en el nacimiento mismo de la Iglesia, en el Calvario y en Pentecostés, por su íntima unión con Cristo, su Madre bendita, se convierte en Madre de la Iglesia. Como argumenta Juan Pablo II en la encíclica *Redemptoris Mater*<sup>37</sup>:

“En la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: María en Nazaret y María en el cenáculo de Jerusalén. En ambos casos su presencia discreta,

35. Á. DEL PORTILLO, *Sacerdotes para una nueva evangelización*, “Scripta Theologica” 22 (1990), 325.

36. JUAN PABLO II, Audiencia general, 6-IX-1995, n. 5. Para un estudio sobre la doctrina mariana de Juan Pablo II en relación con la nueva evangelización, cfr. R. SOL, *El impulso tenaz de Juan Pablo II*, en A. ARANDA (ed.), *María, camino de retorno. Nueva evangelización y piedad mariana*, Euns, Pamplona 2012, 51-72.

37. Para una visión general del magisterio mariano de Juan Pablo II, cfr. M. PONCE CUÉLLAR, *La enseñanza sobre la Virgen de Juan Pablo II*, *Scripta de Maria*, Serie II, 4 (2007), 201-238.



San Josemaría Escrivá, Pablo VI y don Álvaro del Portillo.

pero esencial, indica el camino del 'nacimiento del Espíritu'. Así la que está presente en el misterio de Cristo como Madre, se hace —por voluntad del Hijo y por obra del Espíritu Santo— presente en el misterio de la Iglesia. También en la Iglesia sigue siendo una presencia materna, como indican las palabras pronunciadas en la Cruz: 'Mujer, ahí tienes a tu hijo'; 'Ahí tienes a tu madre'<sup>38</sup>.

María es, como ya la llamó Pablo VI en la sesión conclusiva del Concilio Vaticano II, Madre de la Iglesia. Este título posee un rico significado teológico, del que quisiera solo destacar algunos puntos relacionados con la nueva evangelización. Me limitaré a unas breves reflexiones, con un enfoque teológico-pastoral.

Si partimos de la consideración de María como Madre de la Iglesia, no podemos olvidar que esta relación filial, constituida por Jesús mismo con el "testamento del Calvario", no solo halla su comienzo en Cristo, sino que —como bien explica el Papa Wojtyła— se orienta definitivamente hacia Él<sup>39</sup>. En este sentido, María se convierte en camino para el encuentro con Cristo Jesús. Aquí radica su función específica en la tarea evangelizadora de la Iglesia. Por esto, Pablo VI también le confirió el título de "Estrella de la evangelización"<sup>40</sup>, indicando así su carácter de luz y guía en el camino hacia el encuentro con el Señor que llega<sup>41</sup>. De algún modo, la misión materna de santa María y la misión evangelizadora de la Iglesia confluyen<sup>42</sup>, y ambas conducen a Cristo. Si evangelizar significa anunciar a Jesucristo como Dios hecho hombre y único salvador, la Santísima Virgen puede con toda justicia ser considerada la primera evangelizadora y la primera misionera<sup>43</sup>.

38. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 24.

39. Cfr. *ibídem*, n. 46.

40. Cfr. PABLO VI, Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi*, 8-XII-1975, n. 82.

41. Cfr. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 2.

42. L. F. MATEO-SECO, *Santa María y la evangelización. Aportaciones desde la mariología*, en ANTONIO ARANDA (ed.), *María, camino de retorno. Nueva evangelización y piedad mariana*, Eunsa, Pamplona 2012, 110.

43. Cfr. JUAN PABLO II, Audiencia general, 2-X-1996: "En efecto, con su visita a Isabel, María realiza el preludio de la misión de Jesús y, colaborando ya desde el comienzo de su maternidad en la obra redentora del Hijo, se transforma en el modelo de quienes en la Iglesia se ponen en camino para llevar la luz y la alegría de Cristo a los hombres de todos los lugares y de todos los tiempos".

La espiritualidad cristiana ha reconocido desde los primeros siglos esta función singular de la Virgen María, al indicar su figura como medio y camino de encuentro con Cristo. En esta tradición se inscribe también la enseñanza de san Josemaría, que es muy importante para entender su doctrina cristocéntrica: por María, hacia Jesús<sup>44</sup>. En el pensamiento de este santo, la Virgen Santísima ocupa un puesto relevante no solo respecto a la respuesta espiritual de cada fiel, sino también a algo más fundamental aún, la edificación de la misma Iglesia:

“María edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso me gusta repetir: *omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!* ¡todos, con Pedro, a Jesús por María!”<sup>45</sup>.

Resulta conmovedor comprobar con qué dedicación la Santísima Virgen siguió los primeros pasos de los Apóstoles en la primera evangelización, tras la venida del Paráclito, como recogen algunos testimonios de la Iglesia antigua<sup>46</sup>. Ahora, desde el Cielo, y con mayor eficacia aún, continúa empujando el apostolado de la Iglesia en el mundo entero: fortalece a los Pastores y a los fieles para que, cada uno según los dones y gracias recibidos, dé testimonio de Jesucristo<sup>47</sup>. Mons. del Portillo invitaba a los fieles del Opus Dei a considerar esta presencia mariana:

“Meditad, hijas e hijos míos, cómo la primera evangelización en los albores de la Iglesia —la que Pedro lleva a cabo el mismo día de Pentecostés— fue preparada en el Cenáculo de Jerusalén, junto a la Madre del Señor. Con sus cuidados maternos, María aúna a los

44. Cfr. E. BURKHART - J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría. Estudio de teología espiritual*, vol. 1, Rialp, Madrid 2011<sup>2</sup>, 568-578.

45. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, n. 139.

46. “La Virgen no sólo animaba a los Santos Apóstoles y a los demás fieles a ser pacientes y a soportar las pruebas, sino que era solidaria con todos en sus fatigas, los sostenía en la predicación, estaba en unión espiritual con los discípulos del Señor en sus privaciones y suplicios, en sus prisiones” (SAN MÁXIMO EL CONFESOR, *Vida de María VIII*, 97, en *Testi mariani del primo millennio*, Roma 1989, vol. 2, 260).

47. Cfr. J. ECHEVARRÍA, *Carta pastoral*, 1-IX-2013.

discípulos; con su oración rebotante de fe, atrae al Espíritu Santo que colma los corazones de los primeros fieles e inflama sus voluntades. Ciertamente, como recuerda el Papa, la Virgen “no se encontraba entre los que Jesús envió por todo el mundo para enseñar a todas las gentes (cfr. Mt 28,19), cuando les confirió esta misión” (Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n. 26) pero colabora en su calidad de Madre y de principal Corredentora a que la predicación recia y vibrante de los Apóstoles resuene primero en las calles y plazas de Jerusalén, y luego en toda Palestina y en el mundo entero, haciendo realidad el mandato de Cristo”<sup>48</sup>.

La presencia en la primera evangelización no es meramente accidental, como no lo es su mediación materna en la entera economía de la salvación. El estar de María *iuxta Crucem* en el Calvario, aceptando las palabras de su Hijo, la constituye en Madre de los hombres, y su acción materna nos comunica un don concedido a la Iglesia —a cada cristiano— que apoya y refuerza el don de la justificación, ganado en la Cruz por el Redentor. La maternidad de santa María sobre la Iglesia resulta determinante para lo que podríamos llamar la “eficacia” evangelizadora. Comenta un teólogo al respecto:

“Esta “eficacia” responde al papel singular de la Madre de la Iglesia en la historia de la salvación: solo Ella, con el ejercicio *suave y fuerte* de su maternidad, puede convertir la Iglesia en hogar universal de todos los tiempos y de todos los hombres”<sup>49</sup>.

Esta importancia de santa María en la nueva evangelización fue señalada por mons. del Portillo en una carta pastoral escrita en el contexto del Año mariano convocado por Juan Pablo II en 1987<sup>50</sup>. Ahí subrayaba cómo la devoción a la Madre de Dios se alza bien arraigada en el pueblo de Dios, porque la salvación que nos ha conseguido de Jesucristo adquiere en María un tono cercano y amable, un verdadero rostro materno.

48. Á. DEL PORTILLO, Carta pastoral, 31-V-1987, n. 6, en “Romana”, n. 4 (1987), p. 68.

49. L. F. MATEO-SECO, *La devoción a santa María en los escritos de Monseñor Álvaro del Portillo, Scripta de Maria*, Serie II, 2 (2005), 98.

50. Cfr. Á. DEL PORTILLO, Carta pastoral, 31-V-1987, en “Romana”, n. 4 (1987), pp. 65-80.

Poniendo los ojos en la historia de la espiritualidad, resulta tan a las claras que los grandes momentos de revitalización cristológica, aquéllos en los que el amor a Cristo como centro de la conducta cristiana recobra vigor en las almas, son precedidos –y acompañados– por un florecimiento de la devoción mariana. Se demuestra como un factor muy significativo que, antes de que se difundiera la invocación a María como “Madre de la Iglesia”, la piedad de los fieles había ya manifestado hacia la Santísima Virgen una sobria y honda devoción de carácter filial. Lejos de mí poner de manifiesto la precedencia del título mariano “Madre de los cristianos” sobre el título “Madre de la Iglesia” –cuestión teológica sobre la que se pueden cambiar puntos de vista<sup>51</sup>– como subrayar un aspecto mucho más sencillo: la necesidad de la figura de la Madre para llegar al Hijo, testimoniada por la experiencia misma de tantos santos y de los fieles. No cabe duda de que la religiosidad humana necesita de expresiones con una cierta carga de emotividad o sentimiento. Si observamos de cerca la piedad popular, aparece evidente que el alma verdaderamente cristiana se expresa no solo con la palabra, sino también con el corazón, y este último elemento facilita en muchos casos la relación con Dios, a quien se accede así, de manera natural, gracias al concurso de la afectividad. Se trata de una piedad popular que, como ha señalado el Papa Francisco

“no está vacía de contenidos, sino que los descubre y expresa más por la vía simbólica que por el uso de la razón instrumental, y en el acto de fe se acentúa más el *credere in Deum que el credere Deum*”<sup>52</sup>.

En este sentido, la piedad popular cristiana ha descubierto en la figura de la madre un cauce privilegiado para la vida de oración<sup>53</sup>. El juicio de la Iglesia ha refrendado posteriormente muchas de estas devociones marianas, que

51. La teología reciente ha puesto de manifiesto las implicaciones del título *Mater Ecclesiae* para el impulso misionero y evangelizador de la Iglesia: “por lo que respecta al desarrollo de la Iglesia, la Virgen está presente en el impulso apostólico y en el afán misionero de la Iglesia. Estrella de la evangelización, participa activamente, como señalan algunos autores, en la tarea evangelizadora de la Iglesia con el ejemplo de sus virtudes y con su intercesión materna, presente ya en la primera Pentecostés de la Iglesia” (J. A. RUESTRA, *El título “Mater Ecclesiae” en los manuales recientes de mariología*, “*Annales theologici*” 10 [1996], 469).

52. FRANCISCO, Ex. Ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2014, n. 124.

53. Cfr. F. LABARGA, *La piedad mariana en el contexto de la nueva evangelización*, en A. ARANDA (ed.), *María, camino de retorno. Nueva evangelización y piedad mariana*, Eunsa, Pamplona 2012, 127, 228.

constituyen por tanto un instrumento de gran valor para la evangelización, pues sirven muy eficazmente para acercarse a Cristo.

La ternura y la amabilidad –llenas de fortaleza, de reciedumbre de santa María– nos proporcionan, por tanto, el acercamiento a Jesucristo, de manera que la devoción mariana se nos muestra eficazmente como una mediación valiosísima en todo proceso evangelizador. Pero quisiera añadir un último punto, en conexión más próxima, no con la evangelización en general, sino concretamente con la nueva evangelización. Ésta responde a unas circunstancias –y por tanto, a unas necesidades– particulares, que dan lugar a un fenómeno específico: la descristianización de muchos lugares que han tenido una larga tradición de fe<sup>54</sup>. La reacción frente a tal penoso fenómeno adquiere para la misión evangelizadora de la Iglesia unas características también particulares, ya que precisamente aquí podemos descubrir un nuevo aspecto de la mediación materna de María, y su ayuda segura nos debe llenar de optimismo sobrenatural y humano para acometer tan estupenda tarea.

Estoy convencido de que, para colaborar eficazmente en esta catequesis, hemos de invitar a las personas a un cambio en su alma que –con la gracia de Dios– sea cada vez más hondo, sin limitarnos a planteamientos generales: en el apostolado personal, respetando la libertad, hemos de instar a las almas, con delicadeza y cariño, con exigencia llena de caridad, abriendo horizontes concretos para el desarrollo de su propia vida cristiana; es decir, que con la gracia del Espíritu Santo aprendan a descubrir, y a tratar, y a amar, al Padre celestial, conociendo, tratando y amando a Jesucristo<sup>55</sup>. Puede parecer una tarea no fácil, pues llevarla a cabo precisa ante todo suscitar un continuo proceso de conversión –también en nuestra alma–, que además ha de apoyarse en la fe y en la preparación doctrinal.

54. “Ésta se refiere sobre todo a las Iglesias de antigua fundación, que viven realidades bastante diferenciadas, a las que corresponden necesidades distintas, que esperan impulsos de evangelización diferentes: en algunos territorios, en efecto, aunque avanza el fenómeno de la secularización, la práctica cristiana manifiesta todavía una buena vitalidad y un profundo arraigo en el alma de poblaciones enteras; en otras regiones, en cambio, se nota un distanciamiento más claro de la sociedad en su conjunto respecto de la fe, con un entramado eclesial más débil, aunque no privado de elementos de vivacidad, que el Espíritu Santo no deja de suscitar; también existen, lamentablemente, zonas casi completamente descristianizadas, en las cuales la luz de la fe está confiada al testimonio de pequeñas comunidades: estas tierras, que necesitarían un renovado primer anuncio del Evangelio, parecen particularmente refractarias a muchos aspectos del mensaje cristiano” (BENEDICTO XVI, “*Motu proprio*” *Ubicumque et semper*, 20-IX-2010).

55. Cfr. J. ECHEVARRÍA, Carta pastoral, 1-I-1999.



La nueva evangelización no se queda, en realidad, en un primer anuncio de salvación –aunque en algunos casos personales, por el desconocimiento absoluto de la verdad cristiana, sí lo sea–; sino en fomentar un encuentro con Cristo entre cristianos que se desenvuelven en una sociedad donde predomina el indiferentismo religioso, y que por tanto se hallan sometidos ellos mismos a una suerte de ateísmo práctico. Hemos de rejuvenecer entonces el anuncio de Cristo, purificándolo de toda escoria humana carente de rectitud y de verdad, para que brille en su auténtica originalidad esta doctrina que, como el Evangelio, se caracteriza por ser “vieja y nueva”, eternamente válida.

En este punto me remito de nuevo a la experiencia espiritual de san Josemaría y a su doctrina mariana. “A Jesús siempre se va y se *vuelve* por María”<sup>56</sup>, afirmaba. La Virgen Santísima es el camino para encontrar a Cristo en dos “sentidos”: ida y vuelta. No solo nos lleva a Cristo, sino que también nos devuelve a Él, de forma que entendamos el verdadero amor, la verdadera vida. Mons. del Portillo retomaba esta enseñanza aplicándola a la recristianización de la sociedad, en el contexto del llamamiento de Juan Pablo II a emprender la nueva evangelización:

“María nos introduce –porque así lo ha querido Dios– en el seno de la adorable Trinidad, término de nuestra vida. Y esto, que es aplicable al camino singular de las personas, tiene grandes repercusiones en la actividad y en la historia de las naciones. Dejarme que os recuerde, para que lo meditéis y lo repitáis a otros, que no se puede arrojar a Dios de la ciudad de los hombres sin ocasionar grandes males y destrozos que deshumanizan la convivencia, aunque tantos se empeñen en afirmar lo contrario. Por eso, María es también para los pueblos un atajo para recuperar los grandes bienes que se pierden, cuando la inconsciencia humana vuelve la espalda a Dios”<sup>57</sup>.

56. SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 36.

57. Á. DEL PORTILLO, Carta pastoral, 31-V-1987, n. 4, en “Romana”, n. 4 (1987), p. 67.

← Páginas anteriores

*Don Álvaro del Portillo –prelado del Opus Dei– conversando con el cardenal Joseph Ratzinger.*

Dicho con otras palabras, la Virgen Santísima nos abre un camino privilegiado para facilitar la conversión de aquellas sociedades que se han apartado de la fe en Cristo. Volver a la Iglesia equivale a un regreso al hogar, porque María nos espera a la puerta. Con no poca frecuencia comprobamos la dificultad que algunos cristianos alejados de la fe o de la práctica sacramental tienen para descubrir en la Iglesia a una verdadera Madre. El camino será siempre mostrarles el rostro de María. Como escribe Lucas F. Mateo-Seco:

“La relación filial con la Virgen conduce a la relación filial con Dios. En la perspectiva de la maternidad espiritual de santa María, el sentido de la filiación divina y el de la filiación a la Iglesia adquieren un tono familiar y cercano, el calor de la Madre. Con Ella, Dios ha querido introducirnos en la vida trinitaria por un camino que invita a una confianza total, pues Él es un Dios rico en misericordia”<sup>58</sup>.

He aquí, por tanto, un buen programa para la difusión del evangelio en nuestro tiempo, especialmente en aquellos lugares donde se ha desvirtuado la imagen de Dios y de la Iglesia. Mostrar a María conlleva más: predicar a María, darla a conocer como medianera importante del mensaje salvador. Según Juan Pablo II, “no se puede anunciar a Jesucristo, Dios y hombre verdadero, sin hablar de la Virgen María, la Madre del Señor”<sup>59</sup>. Ella nos presenta, junto a su Hijo, el rostro humano de la misericordia divina. Un rostro afectuoso y materno, tierno y dulce, perfectamente amable, y a la vez recio, fuerte, protector.

### Conclusión: María y el espíritu de la nueva evangelización

“Con el Espíritu Santo, en medio del pueblo siempre está María. Ella reunía a los discípulos para invocarlo (*Hch* 1,14), y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés. Ella es la Madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización”<sup>60</sup>.

58. L. F. MATEO-SECO, *Santa María y la evangelización. Aportaciones desde la mariología*, en A. ARANDA (ed.), *María, camino de retorno. Nueva evangelización y piedad mariana*, Eunsa, Pamplona 2012, 117.

59. JUAN PABLO II, *Mensaje al VI Congreso Mariano Nacional de Venezuela*, 13-V-1992, n. 3.

60. FRANCISCO, Exh. Ap. *Evangelii gaudium*, 24-XI-2013, n. 284.



*El Papa Juan Pablo II consagra como obispo a Álvaro del Portillo.*

Estas palabras del Papa Francisco pienso que explican el sentido y la finalidad de mis reflexiones anteriores. El centro de la argumentación queda subrayado con otras palabras del santo Padre, que están impregnadas de espíritu contemplativo:

“María es la que sabe transformar una cueva de animales en la casa de Jesús, con unos pobres pañales y una montaña de ternura. Ella es la esclavita del Padre que se estremece en la alabanza. Ella es la amiga siempre atenta para que no falte el vino en nuestras vidas. Ella es la del corazón abierto por la espada, que comprende todas las penas. Como madre de todos, es signo de esperanza para los pueblos que sufren dolores de parto hasta que brote la justicia. Ella es la misionera que se acerca a nosotros para acompañarnos por la vida, abriendo los corazones a la fe con su cariño materno. Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios”<sup>61</sup>.

Nadie puede dudar de que la nueva evangelización necesita de María, para mostrarnos la cercanía del amor de Dios a los hombres. Hoy día más que nunca es necesario un “fuerte sentir mariano” en toda la actividad evangelizadora de la Iglesia<sup>62</sup>.

“¡Con qué gozo saboreamos –escribía mons. del Portillo– la verdad de que la actividad de la Virgen, en orden a la edificación del Cuerpo Místico de Cristo, responde a un preciso designio de Dios! Es un hecho innegable que allí donde la Iglesia se implanta, por la gracia de Cristo y la correspondencia tenaz y sacrificada de los evangelizadores, allí está presente la Madre de la Iglesia, colaborando con su Hijo y con los predicadores del Evangelio en la aplicación de los frutos de la Redención”<sup>63</sup>.

Estos evangelizadores no se reducen a una élite o un grupo reducido de personas que asumen tal misión: somos los cristianos todos, llamados en virtud del bautismo a difundir la fe mediante el anuncio del evangelio. La vocación cristiana entraña, por su misma naturaleza, vocación al apostolado<sup>64</sup>.

61. *Ibidem*, n. 286.

62. Cfr. *ibidem*, n. 288.

63. Á. DEL PORTILLO, Carta pastoral, 31-V-1987, n. 8, en “Romana”, n. 4 (1987), p. 69.

64. Cfr. CONCILIO VATICANO II, dect. *Apostolicam actuositatem*, 18-XI-1965, n. 2.

Para alcanzar eficacia, la nueva evangelización necesita renovar esta conciencia de misión en todos los bautizados. De ahí la importancia de difundir el mensaje de la llamada universal a la santidad y al apostolado, proclamada solemnemente por el Concilio Vaticano II hace ahora cincuenta años. Una tarea a la que nos invita esa Asamblea, querida por el Papa Juan XXIII, donde colaboró con su trabajo mons. Álvaro del Portillo e intervenía como Padre Sinodal el entonces Cardenal Karol Wojtyla, más tarde Juan Pablo II. De la propagación de esta enseñanza magisterial y de la extensión de su alcance depende, en buena medida, el futuro de la nueva evangelización.

Poco antes de terminar este trabajo, me ha llegado la comunicación de la marcha al Cielo de don Lucas F. Mateo-Seco. Mi agradecimiento a este insigne sacerdote no tiene límites. Fue un gran conocedor de Gregorio de Nisa, y supo santificarse —con alegría y humildad— amando y ejercitando su ministerio sacerdotal, con una simpatía sobrenatural y humana que acercaba a Dios. Mi deseo es que también cada palabra de esta colaboración aumente la gloria accidental de Paco (como familiarmente le llamábamos), que desde ese “más allá” seguirá alentándonos para que, con María, hablemos con la Trinidad y hablemos más de la Trinidad.

S. E. mons. Javier Echevarría

Prelado del Opus Dei

## VIAJE DEL SIERVO DE DIOS A TIERRA SANTA (MARZO 1994). LOS ÚLTIMOS DÍAS DE SU VIDA

MONS. JOAQUÍN ALONSO

**PALABRAS CLAVE:** Álvaro del Portillo - Tierra Santa.

**RESUMEN:** el autor acompañó a mons. Álvaro del Portillo en su peregrinación a Tierra Santa del 14 al 22 de marzo de 1994. Tres días antes había cumplido ochenta años. Pocas horas después de su regreso a Roma fallecía don Álvaro. Este artículo es su testimonio de aquel viaje, del que don Álvaro dijo, al regresar, que lo consideraba *una caricia de Dios*.

### DON ÁLVARO TRAVEL TO HOLY LAND (MARCH 1994). HIS LATTER DAYS

**KEY WORDS:** *Álvaro del Portillo - Holy Land.*

**SUMMARY:** *The author accompanied Bishop Álvaro del Portillo on his pilgrimage to the Holy Land from 14 to 22 March 1994, who three days before celebrated his eighty birth day. A few hours after his return to Rome died Don Alvaro. This article is his testimony of that trip, which Don Alvaro said he considered it a caress from God.*